

¿Creacionismo o evolucionismo?

John Tyrson

Normalmente, cuando incursionamos en el sendero del desarrollo espiritual, somos proclives a una mayor apertura hacia lo sagrado, hacia el misterio, hacia la Divinidad. En palabras un tanto limitantes: estamos más cerca de Dios.

Eso somos nosotros, el homo sapiens, que lucha incansablemente a lo largo de su historia por comprender lo incomprensible y por aprehender realidades que normalmente se le escapan. Una criatura, tal vez única, que incursiona en la dimensión espiritual y busca religarse con aquello que lo contiene.

En esa epopeya ocurre a menudo que olvidamos el ángulo antropológico que, con una aceptable coherencia científica nos habla a través de millones de años, de miles de hallazgos oseos y otros tantos artefactos. Desde las hachas de mano del paleolítico pasando por las magníficas piezas solutrenses hasta la explosión del arte a partir de 30000 años atrás aproximadamente. Y la agricultura, y al ciencia... y aun más allá, en los planos morfológicos y en lo profundo de nuestra mente... el lenguaje. Hasta llegar a esa maravilla de hoy día: la conciencia y su último escalón, la conciencia autorreflexiva. La conciencia de ser concientes.

Entonces comenzamos a oscilar entre una cosa y otra: ¿Dios creo al hombre?, ¿o somos producto de una evolución?

Si no caemos en el dogma y en el fanatismo religioso, debemos aceptar que al analizar la primera posibilidad, y aun haciéndolo con propios parámetros de comprensión, encontramos muchas más preguntas y dudas que respuestas. Y lo peor: nos es completamente imposible comprender tanto a aquello que "nos creo" como a sus más íntimos motivos.

Cuando incursionamos críticamente en la segunda opción, el evolucionismo material y desprovisto de maravillas, encontramos que muchas veces estamos extrapolando y sacando conocimiento "a presión" de un conjunto bastante reducido de huesos y artefactos -a pesar de su número- en un contexto de tiempo enorme. Y concluimos rasgos culturales complejos a partir de cuatro dientes. Disculpen si exagero un tanto, pero no deja de ser así en muchos casos. ¡Dentro de eso, no hemos podido saber siquiera el origen exacto del lenguaje! Y no hablemos del pensamiento abstracto. Todo comienza a ser "demasiado grande" para leyes evolutivas tan restringentes. Hemos caminado desde "la supervivencia del más fuerte", hasta la selección natural del más apto, para llegar a que esta selección se realiza a nivel de genes! Y allí el campo comienza a ser demasiado vasto. Al punto de que lo restringimos peligrosamente para poder comprenderlo y utilizarlo científicamente (o comercialmente, si lo prefieren).

¿Y el origen de nuestra especie? Las investigaciones genéticas sobre el ADN mitocondrial remontan al humano (y es muy difícil definir cuándo es tal) hasta un espacio tiempo ubicado en el Africa millones de años atrás. Y desde allí

comenzó la dispersión de la especie. Ahora bien, cuando tratamos de ubicar al homo sapiens siguiendo los mismo procedimientos... itambién nos da su origen en Africa unos cientos de miles de años atrás! ¡El mismo resultado con diferencia de tiempo! En nuestra muy modesta opinión, algo huele mal en todo esto...

Se nos aparece tan extraña y difícil de explicar tanto la hipótesis del creacionismo y como la del evolucionismo.

Si prescindimos de los estudios de Zacharia Sitchin sobre las tablillas sumerias y la venida de los annunaki a crear al hombre –una teoría que no ha sido suficientemente cuestionada como para desecharla, y por otra parte Zacharia Sitchin ha recibido nuemerosos reconocimientos a nivel científico mundial- entonces debemos buscar un planteamiento más abarcante que contemple ambas posturas.

Creo entonces, que es momento de aceptar que fuerzas desconocidas, que se ecuentran mucho más allá de nuestra comprensión, dieron lugar a la existencia de una dinámica maravillosa que partió de la energía y de la materia: la vida, una combinación de ambas cosas.

Dentro de eso, como una opción más dentro de este grandioso experimento, apareció la criatura humana y desarrolló la conciencia (¿por creación o por evolución?), y desde ese momento pasó a ser responsable del sistema de vida en que habita. Pensamos que tal vez no somos el ápice de la creación, posiblemente otras formas de vida superiores cohabiten con nosotros sin que lo sepamos. Pero de nosotros para abajo, somos responsables.

Sí, como lo hemos dicho en otros ámbitos: somos los portadores de la conciencia de la vida. Y debemos aceptar esa responsabilidad y obrar en consecuencia.

Lo demás, es buscar eternamente el religarnos con esa Fuerza, desconocida por siempre, y desconocida para siempre.

Esa es la gran aventura, la epopeya de nuestra especie. En ese camino podremos “salir de la caverna” y acceder a otras realidades. Sin perder nuestra humildad, sin perder “nuestra” Fuerza.

Si fracasamos... seguramente otra forma de vida tomará para sí esa misión.